

Cuidar el futuro de la democracia

Es necesario que la ciudadanía se tome en serio el cuidado. Esto no implica solo preocuparse por el interés propio, es importante también el interés colectivo a largo plazo.

Una democracia la política necesita de nuestros cuidados y nosotros deberíamos esperar del Estado alguna clase de respaldo en nuestras actividades cuidadoras.

☉ El cuidado se ha convertido en una categoría clave para comprender los desafíos del mundo contemporáneo. Lejos de limitarse al ámbito doméstico, el cuidado permite analizar críticamente una serie de crisis interconectadas: la crisis de la democracia, la crisis ambiental, la crisis de la natalidad y, desde luego, la crisis de los cuidados, agudizada por el envejecimiento de la población, que ha generado una creciente demanda de políticas públicas y estructuras sociales capaces de redistribuir responsabilidades. A esto se suma el avance acelerado de tecnologías como la inteligencia artificial, que reconfiguran nuestras formas de vivir y relacionarnos. Ante este panorama, reflexionar sobre el cuidado no solo implica visibilizar tareas históricamente feminizadas e invisibilizadas, sino también interrogar qué instituciones, relaciones y tecnologías resultan indispensables para sostener la vida en común.

Históricamente, las mujeres han realizado la mayor parte del trabajo de cuidado de niños, personas en situación de dependencia y personas mayores, tanto de forma remunerada como no remunerada.

En la mayoría de los casos, este trabajo ha sido realizado a costa del desarrollo personal, las oportunidades laborales y la protección social de quienes cuidan. Por ello, la corresponsabilidad social del cuidado se vuelve esencial. Debe existir una

Daniela Alegría Fuentes
Académica del Departamento
de Filosofía, Universidad
Alberto Hurtado

distribución equitativa entre hombres y mujeres, así como entre los distintos agentes sociales —familias, comunidades, mercado y Estado—, lo que la literatura académica ha denominado el «diamante de los cuidados».

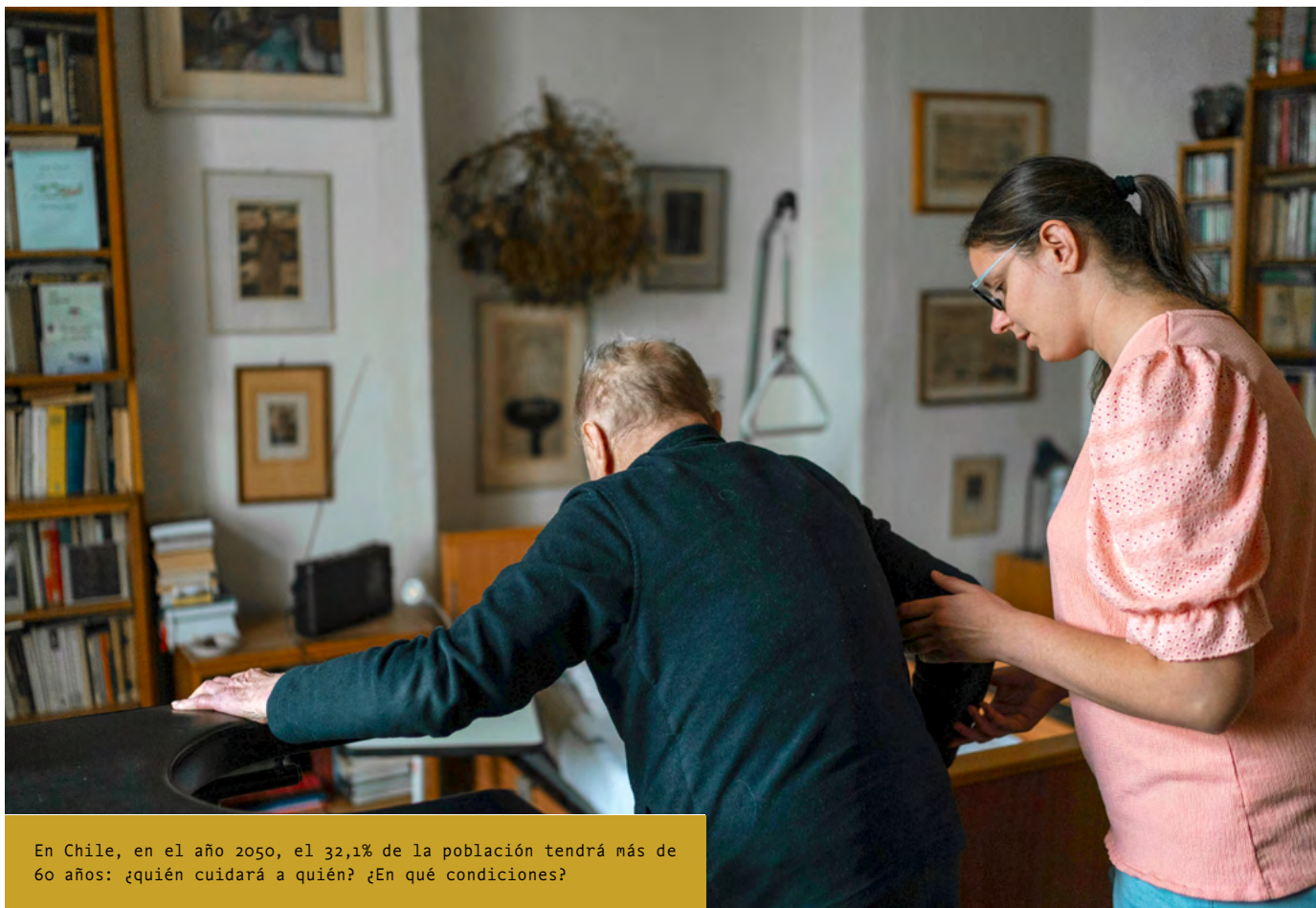
Sin embargo, la sociedad actual ha mercantilizado la noción de cuidado, vaciándola de su contenido ético y político. Se nos anima a evitar la dependencia, a vivir sin vínculos duraderos y a competir en lugar de cooperar. En este contexto, el sujeto arquetípico es un individuo emprendedor, autónomo, desvinculado de los demás, cuya única relación con otros es superarlos o usarlos estratégicamente.

El modelo económico actual solo considera el cuidado cuando se transforma en una industria rentable; esto es, cuando la lógica del mercado convierte el cuidado en un producto, en algo que se puede comprar —como velas, inciensos o experiencias *wellness*—, o en una narrativa superficial con fines publicitarios. Esta estrategia es conocida como *carewashing* y describe la forma en que diversas empresas intentan capitalizar la crisis de los cuidados, presentándose como agentes sensibles y empáticos mientras maximizan sus ganancias a costa del bienestar colectivo.

El interés actual por el cuidado posee múltiples raíces, incluyendo los análisis socioeconómicos de la crisis de los cuidados, los debates feministas, las luchas por el acceso a una salud digna, el centrarnos cada vez en el cuidado de uno mismo y de solo nuestros cercanos, la proliferación de discursos sobre el bienestar individual en redes sociales, entre otros. Sin embargo, debemos hacernos cargo de cuidar el futuro y, esto implica cuidar, esencialmente, la democracia.

Una forma sostenible de habitar el mundo

En el libro *XIII* de las *Metamorfosis* de Ovidio, cuando Ulises y Áyax disputan la armadura de Aquiles, Ulises le dice a su



En Chile, en el año 2050, el 32,1% de la población tendrá más de 60 años: ¿quién cuidará a quién? ¿En qué condiciones?

rival: «Tú ejercitas la diestra sin pensar, yo cuido el futuro (*mihi cura futuri*)». Joan Tronto, una de las principales teóricas del cuidado, retoma este pasaje para sugerir que actuar sin pensar —aunque rinda frutos inmediatos— no es una forma sostenible de habitar el mundo. Vivimos en tiempos en que los líderes políticos ejercitan la diestra sin pensar. Tronto se pregunta cuál es la razón de que el lenguaje de la economía haya reemplazado todas las otras formas de lenguaje político.

Aparte de nuestros roles económicos como trabajadores y consumidores, las ciudadanas y ciudadanos vivimos en otros dos ámbitos, en el mundo del cuidado íntimo de nuestro hogar, nuestras familias y amigos, y también en el de la política. De acuerdo con Tronto, en una democracia la política necesita de nuestros cuidados y nosotros deberíamos esperar del Estado alguna clase de respaldo en nuestras actividades cuidadoras.

Es necesario que la ciudadanía se tome en serio el cuidado. Esto no implica solo preocuparse por el interés propio, es importante también el interés colectivo a largo plazo.

Se requiere que nos preocupemos lo suficiente por el cuidado y aceptar la carga política de preocuparnos por el futuro. Ese futuro no se centra solo en la producción económica, sino también en el interés por los valores de libertad, igualdad y justicia. Ese futuro no se centra solo en uno mismo, su familia y amistades, sino también en aquellos con quienes discrepamos, así como en el mundo natural y nuestro lugar en él.

Las emociones que se cultivan

Estamos próximos a una nueva elección presidencial. Hemos sido testigos de una peligrosa nostalgia autoritaria, desde el negacionismo de los crímenes de la dicta-

dura militar hasta el anti-intelectualismo de parlamentarios que, en 2021, exigieron información sobre planes de estudios con contenidos feministas, de género o sobre diversidad sexual. A esto se le suma la destrucción de la realidad a través de las teorías conspirativas o noticias falsas, que han estado presentes en la última y actual campaña presidencial. El populismo autoritario, según diversos analistas, no ha regresado porque quizá nunca se fue del todo. Lo que sí ha cambiado es nuestra disposición a tolerarlo. Como ha quedado demostrado con Trump, la política es, inevitablemente, emocional. La pregunta es qué emociones se cultivan: ¿miedo o cuidado?, ¿odio o responsabilidad compartida?

No es de extrañar que el autoritarismo se alimente tan fácilmente de la sensación de falta de seguridad, reorientando nuestras inclinaciones de cuidado solamente hacia nuestros cercanos y hacia quienes son como nosotros.



En un mundo en que el cuidado no es importante, se crean condiciones para la existencia de comunidades que basan su sentido de identidad en el odio y en la exclusión de ciertos grupos. En la actualidad vemos cómo la insistencia de cuidar solo de uno mismo y a los cercanos (o a quienes consideramos que son como nosotros), transforma el cuidado en una forma sesgada del cuidar. Tristemente, cada vez son más frecuentes los horribles espectáculos de indiferencia, de no escuchar, de no prestar la debida atención a nuestro prójimo.

En 2018 la primera dama de Estados Unidos, Melania Trump, realizó una visita a un centro de detención de los hijos de inmigrantes que fueron deportados bajo las políticas de Donald Trump. Melania llevaba una chaqueta que tenía escrito en color blanco «I don't really care. Do you?» («En realidad, no me importa, ¿y a ti?»). No falta mencionar que tal chaqueta se agotó rápidamente.

Si no cuidamos nuestra democracia, difícilmente podemos cuidar nuestro mundo. Como señalé antes, atravesamos diversas crisis, entre ellas, la crisis climática. Muchas personas en todo el mundo, especialmente las más pobres y vulnerables, ya sufren sus consecuencias: pérdida de biodiversidad, fenómenos meteorológicos extremos, sequías prolongadas, incendios forestales, desplazamientos forzados, inseguridad alimentaria. La acumulación de gases de efecto invernadero y la destrucción acelerada de los ecosistemas nos obligan a repensar nuestra responsabilidad moral hacia quienes todavía no han nacido, pero habitarán las huellas de nuestras decisiones. Las generaciones futuras serán sujetos capaces de sufrir, gozar, amar, desarrollar proyectos vitales y sostener vínculos significativos. Nada en su lejanía temporal justifica que valoremos menos sus vidas.

Cuidado que trasciende los seres queridos

Cuidar el futuro, en este sentido, significa hacernos cargo de las condiciones que permitirán o impedirán que otras personas —más allá de nuestras fronteras geográficas o temporales— puedan vivir una vida digna de ser vivida. Como señala Judith Butler, «compartimos el mundo y mantenemos

En un mundo hiperconectado, nuestras acciones y omisiones tienen efectos concretos sobre quienes incluimos o excluimos de nuestro cuidado. El cuidado, lejos de limitarse al ámbito doméstico, debe reconocer su dimensión global.

relaciones de interdependencia. Nuestros destinos están, como siempre estuvieron, entregados unos a otros». Reconocer esta interdependencia nos muestra que somos responsables unos de otros, que todos necesitamos de los demás para vivir.

Además, no solo debemos preocuparnos por las futuras generaciones, también debemos cuidar a quienes se encuentran hoy lejos de nosotros. En la encíclica *Fratelli tutti*, el fallecido papa Francisco abogó por una cultura de la fraternidad y el cuidado de la «casa común», que es la Tierra y todos sus habitantes. En ella recuerda la parábola del buen samaritano en la que un hombre es asaltado, despojado y dejado malherido en el camino; un sacerdote y un levita pasan de largo, pero un samaritano, perteneciente al grupo social más despreciado, se detiene, lo socorre y lo cuida. «Al amor no le importa si el ser humano es de aquí o de allá», escribió el papa.

En un mundo hiperconectado, nuestras acciones y omisiones tienen efectos concretos sobre quienes incluimos o excluimos de nuestro cuidado. El cuidado, lejos de limitarse al ámbito doméstico, debe reconocer su dimensión global. Nuestras relaciones no pueden limitarse a un círculo reducido; al ser interdependientes y estar inmersos en redes globales de dependencia mutua, nos vinculamos de algún modo con todas las personas. Por ello, nuestro cuidado ha de trascender a los seres queridos y cercanos. Cada una de nuestras acciones repercute en la vida de los demás, incluso cuando no mantenemos con ellos una relación directa o inmediata. Si somos conscientes de ello, comprendemos que nuestras obligaciones morales exceden las fronteras geográficas y temporales.

Abordar la crisis de los cuidados

La actual crisis de los cuidados no puede abordarse únicamente desde el diagnóstico, requiere transformaciones estructurales. Implica reformular las políticas públicas, reconocer el valor del trabajo doméstico y de cuidados, invertir en servicios comunitarios accesibles y dignos, así como promover una educación que forme personas capaces de comprender la importancia del cuidado. Pero también requiere imaginar futuros distintos, donde el cuidado no sea visto como una carga ni una mercancía, sino como una responsabilidad compartida.

Se estima que en Chile para el año 2050, el 32,1% de la población tendrá más de 60 años, lo que significa que tres de cada diez habitantes serán adultos mayores. Si sumamos que nuestro país está en el último lugar en la tasa de natalidad de América Latina (solo 7,7 nacidos vivos por cada 1.000 habitantes), la situación es preocupante. Las cifras nos interpelan: ¿quién cuidará a quién en el futuro?, ¿en qué condiciones?, ¿con qué redes, vínculos y políticas?

Cuidar el futuro no es solo anticipar lo que vendrá, sino comprometerse activamente con la construcción de un presente más habitable, más justo y más humano para todos. Por eso es importante. Porque nuestra vida, como también nuestras democracias, depende del cuidado, incluso en sus formas más invisibles. El cuidado tiene momentos de fragilidad, de contradicción, de pausas y descuidos. Y, sin embargo, aun con esas imperfecciones, cuidar sigue siendo una tarea irrenunciable, una responsabilidad común que no podemos abandonar como humanidad. **M**